

LA BATALLA POR LOS LAICOS

Eduardo J. Ortiz

En los últimos meses parece haberse despertado un interés especial en diversos sectores de la Iglesia por ocuparse del laicado. En situaciones como ésta puede ser interesante el preguntarse por qué, aunque sólo sea para poner desde el principio todas las cartas boca arriba y evitar así futuros malentendidos. Algo de esto se pretende hacer en las líneas que siguen.

DE LA ACCION CATOLICA A LA POSTMISION

Cuando a principios de siglo se trató de organizar al laicado en lo que entonces se dio por llamar la "acción católica" se definió a ésta como "colaboración de los laicos en el apostolado jerárquico de la Iglesia" (1). Aparentemente hoy estamos muy lejos de aquel tipo de proyectos. Pero sería cuestión de preguntarse si a nivel de hechos se ha avanzado mucho desde entonces. Todavía hoy los "movimientos apostólicos" existentes están estrechamente vigilados por los párrocos, controlados a su vez muy de cerca por instancias superiores. Basta que algún grupo comience a pensar por su cuenta y a distanciarse críticamente de la línea trazada para que se le obstruya y se le sitie hasta que le falte el aire. Al no contar con el apoyo oficial e incluso, si se cree necesario, al caer bajo su censura estos grupos se encuentran pronto sin campo donde trabajar y terminan por morir. Si además están formados en gran parte por gente joven el desaliento repercute con mayor fuerza. Y es así como la gente más dinámica y valiosa, una generación tras otra, se ha alejado del apostolado y, a lo más, ha seguido viviendo su cristianismo en forma individual o por la libre. A no ser que decida entrar en un seminario y pase con ello a prepararse para dirigente pero, claro está, como clérigo.

Venezuela actualmente vive un momento privilegiado en el que se podría ensayar otro modelo.

La misión organizada a nivel nacional como preparación de la visita del Papa ha puesto en movimiento a muchos miles de laicos que han respondido con una vitalidad desconcertante para los mismos que habían hecho la propuesta.

El trabajo ha funcionado sobre todo a nivel de catequesis. Grupos numerosos han entrado en un proceso de profundización doctrinal y práctica de la propia fe, y se han lanzado a comunicar y extender su propia experiencia.

Es claro que en un primer momento semejante ímpetu ha sido visto con buenos ojos y ha abierto nuevas esperanzas. La escasez crónica de sacerdotes necesita de nuevos esquemas que permitan llegar a más gente. El compromiso estable de estos nuevos laicos lograría potenciar inesperadamente el radio de acción. Nuevas formas de adhesión dinámica a la misión de la Iglesia, con mayor flexibilidad en cuanto a tiempo y exclusividad que las del clero, permitirían una rotación continua de personas que mantuviera siempre un número significativamente alto de evangelizadores en todo el país.

Esta es la tarea que se trazaría la post-misión en Venezuela para los próximos meses.

Nos tendríamos que preguntar sin embargo si este proyecto ha superado la mentalidad clerical esbozada más arriba.

Si lo que se busca es una vez más extender el trabajo que no alcanza a hacer el clero, no habremos salido del círculo vicioso tantas veces fracasado. Los laicos se sentirían con razón como subestimados y manejados. Y a la larga sólo perseverarían los que por traumas pasados necesitan este tipo de relación dependiente con alguien que continuamente les trace el camino. Los demás se irán retirando a los primeros contratiempos. Desaparecido el motivo original que los puso en movimiento, no encontrarán aliciente para servir a personas que no los toman en cuenta en su forma independiente de pensar, vivir y comunicar la propia fe como segláres dentro de la Iglesia.

FUERZAS DE CHOQUE

Pero hay algo más preocupante todavía. Hasta ahora hemos hablado de la Iglesia como un bloque. Pero un vistazo distraído a la prensa persuadirá a cualquiera de que en la Iglesia hay también sectores que conciben de forma bastante diversa las prioridades del cristianismo en el mundo, y la forma de llevarlas a buen fin.

Y existe el peligro de que los segláres sean utilizados como lo fue el mona-

cato en los siglos IV y V; como fuerzas de choque capaces de doblegar cualquier resistencia primero de los paganos, que con Constantino y Teodosio veían reducirse progresivamente su libertad de expresión, y luego más tarde de cualquier sector cristiano que pensara diferente a quien los manejaba. Por esos años una invasión de monjes dispuestos a defender los principios cristianos era mucho más temible que una horda de fanáticos británicos acompañando a su equipo de fútbol. Y más de un sínodo firmó acuerdos, que luego tuvieron que ser anulados, por presión ejercida a gritos en las calles (2).

Es evidente que en estos últimos años la teología de la liberación ha roto el falso esquema clerical al plantear su teología y su pastoral desde el pueblo pobre y oprimido, otorgando con ello la palabra a quien por mucho tiempo le había sido arrebatada.

Es así como se ha podido comenzar a hablar de evangelizadores evangelizados, es decir, de personas e instituciones que se acercaron al pobre para enseñarle en qué consistía el cristianismo, pero han terminado aprendiendo de él su núcleo más profundo y sus implicaciones más exigentes y concretas.

Este primer impulso ha crecido con el tiempo cuando los segláres, convencidos al fin de que no se les quería meter una vez más en la vieja trampa de ser utilizados como peones, han desatado su creatividad en auténticas comunidades de base que han llegado incluso a sacudir el santuario más intocable: el de la propia organización eclesial.

Recuerdo haber asistido una vez en Sao Paulo (Brasil) a una reunión sectorial de comunidades de base. Entre otras cosas se trataba de plantear una votación que iba a tener gran repercusión en la organización pastoral de la zona. Por razones de experiencia "eclesial" tanto el Obispo Auxiliar, representante del Cardenal, como el párroco en cuya iglesia se celebraba la convención propusieron un candidato, y emplearon bastante tiempo y razones en convencer al auditorio de lo acertado de su propuesta. Cuando terminaron sus discursos comenzaron a levantarse voces sugiriendo otro nombre y dando también sus razones en las que por lo general se apuntaban como ventajas las que losponentes anteriores habían señalado como

inconvenientes. Al fin la votación favoreció por un margen estrecho al candidato de la "base". Aunque los proponentes de la candidatura oficial no escondieron su malestar, aceptaron el resultado. Pensé entonces que acababa de presenciar un gesto de madurez eclesial que probablemente no volvería a experimentar en el resto de mis días. Hasta ahora no me he equivocado.

Dada esta situación sería una tentación y un peligro de la postmisión, que sin duda sus responsables ponderarán en su justo valor, conquistar fuerza en movimientos seculares de tendencia conservadora para contrarrestar el avance de lo que ellos consideran incomprensiblemente como un peligro para la fe.

Habría que cerrar mucho los ojos para no ver que de hecho algunos movimientos existentes han sido utilizados en ocasiones con este fin. El de asomarse a charlas, encuentros, conferencias y cursos de tendencias más liberales para sabotear y denunciar.

Y así personas y movimientos que con otros mentores habrían sobresalido en la lucha por ideales que contribuyan al progreso de la humanidad se pueden convertir, como las juventudes nazis de los años treinta, en policía política (Disip) en este caso de la institución eclesiástica.

FANATISMO

Generalmente todos los fanatismos se alimentan de dos ingredientes: sumisión e ignorancia.

La religión tiene un poder singular y extraordinario para absorber a la persona en su totalidad y llevarla a cumbres de heroísmo. La otra cara de la moneda es que tiene un poder casi igual para hundir a la persona en el más obcecado fanatismo.

Primero porque puede utilizar mecanismos de sumisión con mayor éxito que cualquier otro organismo. En la Iglesia la variedad de propuestas parece terminar abruptamente cuando desde arriba se toma una decisión. Una vez que ésta llega todos los que pensaban lo contrario parecen cambiar milagrosamente de opinión. Lo hemos visto últimamente, por ejemplo, en el caso de Boff. Después de la sanción los apoyos oficiales se hacen tan clandestinos que se terminan por dudar de su existencia anterior.

Existen varios mecanismos que hacen esto posible: la aceptación de la cruz como redentora, la humildad, la fe en que Dios escribe derecho con líneas torcidas, el espíritu religioso. En fin, infinitos recursos de la espirituali-

dad cristiana que deberían ayudar a aceptar lo que después de luchar resulta inevitable, pero que más de una vez se utilizan para no oponerse ni evitar medidas que en otros terrenos no eclesiásticos las mismas personas habría resistido hasta el final y precisamente invocando la justicia y el evangelio.

FORMACION

Pero además el laico ha sido mantenido secularmente en la más crasa ignorancia teológica. Con excepción de algunos tesoneros autodidactas que han logrado saber mucho más que el promedio de los clérigos, la mayor parte de los seculares parecen sentirse incomprensiblemente satisfechos con las píldoras de formación religiosa que recibieron alguna vez en su vida en jornadas intensivas (primera comunión y en casos excepcionales clases de religión en bachillerato) y con las dosis microscópicas, no siempre saludables, que reciben cuando van a Misa.

Y así nos encontramos con miles de personas que son eminentes en su especialidad, pero que en cuestión religiosa viven de rudimentos de primaria.

En otros terrenos esto no sería preocupante. Todos vivimos tranquilos con enormes lagunas en nuestra formación, y en cuestiones tan decisivas para la vida diaria como la medicina, la economía o el derecho, dejamos a otros que hagan y deshagan a nuestra costa.

Pero la persona religiosa pone ahí el sentido más profundo de su vida y por eso considera intocable el esquema que se ha trazado y con el que ha logrado vivir en paz. Cualquier intromisión en una estructura tan vulnerable la considera como una invasión de su privacidad y la resiste con la misma desesperación con la que se trataría de repeler un ataque contra la propia vida.

Hay aquí por tanto un nuevo peligro de fanatismo. Y más aún cuando a uno le ha sido encomendado reforzar en su propia fe a los demás.

Muchos evangelizadores son suficientemente sensatos y maduros como para reconocer sus carencias y no tomarse excesivamente en serio sus percepciones.

Pero hay organizaciones completas que forman a sus integrantes en medias verdades defendidas como absolutas, y son por eso caldo de cultivo para la intolerancia. Más de una vez se dio en la misión nacional el caso de personas que dictaban conferencias como quien se ha aprendido un rollo de memoria.

Cualquier pregunta que los sacara de sus carriles era considerada como una agresión y respondida con prepotencia polémica surgida de la propia inseguridad.

También aquí la Iglesia venezolana se encuentra en un momento privilegiado que probablemente no se va a repetir en muchos años. Miles de evangelizadores tienen hambre de una formación religiosa más profunda. Ante esta situación se le abren diversas alternativas que la van a llevar a resultados muy distantes: dejar esta exigencia sin respuesta; organizar cursillos de indoctrinación; lanzarse a la aventura de un debate teológico nacional en profundidad que establezca las bases de un nuevo equilibrio.

Si la Iglesia quiere de verdad tomar en serio a los laicos tendrá que animarles a que se entreguen al peligroso arte de la teología abierta. Peligroso porque todo estudioso pasa necesariamente por una profunda crisis de fe al ver cómo cantidad de cosas que por años ha considerado bien fundadas son tan debatidas y tienen un apoyo tan endeble. Pero se puede decir asimismo que en una proporción abrumadora quien se sumerge en esa experiencia sale de ella fortalecido en su fe, aunque también más independiente de criterios.

Creo que con frecuencia la Iglesia tiene más miedo a esto segundo que a lo primero.

Pero sólo con personas adultas podremos hacer que el cristianismo sea por fin no una organización donde unos pocos deciden y muchos acatan, sino la comunidad de los seguidores de Jesús que cree en la libertad inexpugnable alcanzada por los que buscan desinteresadamente la verdad.

NOTAS

(1) Léase el breve artículo, aleccionador en muchos aspectos, sobre la **Acción Católica** en el primer volumen de la Enciclopedia Teológica **Sacramentum Mundi**, columnas 15-23.

(2) Véanse algunos ejemplos en el tomo IV de la **Historia de la Iglesia** editada por Fliche-Martin.

SACRAMENTOS	
1º	BAUTISMO
2º	CONFIRMACION
3º	PENITENCIA
4º	EUCARISTIA
5º	EXTREMAUNCION
6º	ORDEN
7º	MATRIMONIO

